

siempre apropiado para la oración. Limitándome á lo que á nosotros nos concierne y deseoso de llegar á una consecuencia práctica, os diré que cuando os arrodilleis para rezar vuestras oraciones de la mañana ó de la noche, es menester que haya silencio á vuestro alrededor y que los que os rodeen respeten la conversación que teneis con Dios... Hasta en las familias cristianas se hace poco caso con frecuencia de esta circunstancia tan favorable para la oración. Los hijos se han puesto de rodillas para decir sus oraciones, y oigo á los padres sosteniendo una conversación profana... ¿Cómo quereis que aquellos angelitos puedan estar con recojimiento?... El paraje donde habitualmente haceis vuestras oraciones de la mañana y de la noche es la casa donde vivís; pero haced de manera, os lo suplico, que por algunos instantes esta casa se convierta en una especie de santuario donde se guarde riguroso silencio...

Pero los lugares más especialmente destinados á la oración son nuestras iglesias, á que con justicia se da el nombre de casas de Dios, los templos del Señor, consagrados por bendiciones especiales á la majestad divina, santificados por la presencia de nuestro adorable Salvador, que reside día y noche en nuestros tabernáculos... Aquí, en estos lugares, carísimos hermanos, aquí donde tantas imágenes y tantos signos nos recuerdan la misericordia de Dios y los misterios más augustos; sí aquí es principalmente donde la oración es más fácil y tiene mayor eficacia; por eso entre los respetables títulos con que se designan nuestras iglesias, tales como los de templos, basílicas, *palacios del Rey de los cielos*, *venerados santuarios* y muchos otros todavía, hay uno que se lo da la Sagrada Escritura, y que el mismo Jesucristo se lo ha dado, y es el de casas de oración. *Domus orationis...*

PERORACIÓN.—Y aquí, hermanos míos muy amados, hablando de nuestras iglesias, me es fácil decir, para concluir, cuáles son el tiempo y el lugar por excelencia de la oración... ¿El tiempo?... El tiempo por excelencia de la oración, nos está señalado por los mandamientos de Dios y por los de la Iglesia santa... *Santificar á las fiestas* sirviendo devotamente á Dios... *Oír á Misa cumplida los domingos y fiestas de guardar*. Este es el pensamiento sobre que insisto al erminar esta instrucción. Sí, á más de los tiempos ú ocasiones de que

hemos hablado, el domingo es el día especialmente consagrado á la oración... Dios se lo ha reservado; este día le está consagrado, él lo reclama... ¡Ah! ya sabeis que son muchos los que no se lo quieren dar.... ¡Desgraciados! Dios os abre sus brazos, os invita, hay más, os obliga bajo pena de pecado mortal, á que vengais á invocarle todos los domingos en este sagrado recinto, porque ya hemos dicho que nuestras iglesias son casas de oración. Cada domingo Jesucristo descende sobre el altar en el santo Sacrificio de la Misa. Y nosotros, mientras esta adorable víctima viene á interceder por nuestros pecados, estamos en el campo, entregados á nuestras faenas... y hasta muchas veces estamos sin hacer nada, ya en un rincón de nuestros hogares, ya en medio de las plazas públicas, protestando en cierto modo contra la intercesión de nuestro divino Salvador... Aquí, sobre este altar, él dice: *Padre mio, perdónales...* Y nosotros con nuestra conducta, cuando nó con nuestras palabras, parece que decimos: *Nó, no nos perdoneis...* ¡Ah! Dios de bondad, atended, os lo suplico, atended la voz de vuestro divino Hijo: dignáos tener misericordia de mí, de todos estos fieles que me escuchan y de todos esos infelices pecadores que no acuden á invocaros!... Así sea.

INSTRUCCION TERCERA.

CONDICIONES DE LA ORACIÓN: CONFIANZA, DEVOCIÓN, PERSEVERANCIA.

TEXTO. — *Petite et accipietis, etc...* Pedid y recibireis; llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. IX, VERS. 9.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos: en la última instrucción que sobre la oración os daba, después de haberos hablado de los lugares donde especialmente debíamos orar y del tiempo más propio para este santo ejercicio, os decía: El verdadero lugar de la oración, es la iglesia; el día especialmente consagrado á la oración, es el santo día del domingo... Sin embargo, si me habeis comprendido bien, he dicho igual-

mente que todos los lugares eran apropiados para orar, y que en todo tiempo, y especialmente por la mañana, por la noche y antes y después de comer, debíamos entregarnos á este piadoso ejercicio.

A propósito de las oraciones que nos parecen menos importantes y que con sobrada frecuencia descuidamos, — ¡ay! todos los días tengo las pruebas por vuestros hijos que acuden al catecismo, — ¡cuán pocas son las familias donde se ha conservado la piadosa costumbre de recitar la *Bendición* y las *Gracias!*.. Pues, con motivo de estas sencillas oraciones, contaba yo á vuestros hijos una historia que les interesó: voy á repetírosla... ¡ojalá saqueis provecho de ella!

Una familia cristiana tenía y tiene aún dos hijos... La hija, que es la más jóven, era educada por las religiosas de la Visitación; el hijo, algo mayor, completaba sus estudios en un gran liceo de París. Una y otro fueron á pasar las vacaciones en casa de sus padres. Fuese á consecuencia de la influencia de las lecciones que había recibido ó de las malas compañías que había frecuentado, Mauricio, que así se llamaba el hijo, viendo á sus padres y hermana decir la *Bendición* antes de comer, no hacía ni siquiera la señal de la cruz. Lo notó su hermana y, con el consentimiento de sus padres, resolvió dar á su hermano una lección que, nó porque fuese muda, era ménos enérgica... Permitidme entrar aquí en un detalle muy sencillo, — demasiado sencillo tal vez;— pero quiero que me entendais todos, hasta los niños... Angela, la jóven hermana de Mauricio, cojió un poco de heno, lo arregló como uno de esos manojos que se echan al ganado y lo colocó en el plato de su hermano... Grande fué la sorpresa de este último al ver este primer plato que se le ofrecía; su hermana no le dió tiempo de reflexionar, y le dijo: « — ¿Te sorprende, mi buen Mauricio?.. En casa de nuestros buenos padres, este alimento es el que se da al caballo, á las vacas y á los carneros que no saben decir la *Bendición*... A los que son cristianos se les da otro alimento: ¿cómo has podido olvidar tan pronto lo que éstos tienen que decir antes de comer?.. » Me he extendido algo sobre este punto... Por dichoso me tendría, amados hermanos míos, si pudiese hacer que volviéis á adoptar vosotros mismos é induciros á inculcar á vuestros hijos una práctica cristiana sobradamente olvidada en nuestros días...

PROPOSICIÓN. — Pero he hablado ya bastante de la necesidad de la oración; hoy me propongo contestar á esta sencilla pregunta: ¿Cómo se ha de orar?

DIVISIÓN. — Contesto con el catecismo: se ha de orar, *en primer lugar*, con confianza; *en segundo lugar*, con devoción; *en tercer lugar*, con perseverancia.

Primera parte. — Hemos de orar con confianza... ¿Qué significan estas palabras?... Quieren decir que, cuando nos dirigimos á Dios, debemos considerarle como nuestro mejor amigo, como al más tierno de los padres... Supongamos que teneis que pedir un servicio, un favor, ya á un hermano, porque generalmente en las familias cristianas se realiza esta frase del poeta:

Un hermano es un amigo que nos dió naturaleza...

ya á una persona que sabeis que os aprecia. No vacilais. Sabeis que este amigo, unido á vosotros por los lazos de la sangre ó por los del cariño, atenderá vuestra petición...; Con cuánta mayor confianza, hermanos míos muy amados, debemos todavía dirigirnos á Dios!.. ¿Será verdad adorable Salvador, que vos sois para nosotros un amigo?... Escuchad, su respuesta: — Sí, no quiero trataros como esclavos ni como criados, sino como amigos... — Entonces, dulce Jesús, ¿podemos dirigirnos á vos con confianza? — Sí, os lo juro bajo mi palabra; os lo digo en verdad, todo lo que le pedireis á mi Padre en nombre mio, él os lo dará..

Y es verdad, hermanos míos muy amados; palabras del Evangelio son las que os cito, y ya sabeis que el Evangelio es la verdad misma.

A vosotros os gusta oír estas frases divinas pronunciadas por nuestro adorable Salvador. ¡Ah! carísimos hermanos, más de una os citaría relacionada con este admirable asunto de la oración. Nuestro mismo Señor Jesucristo es quien nos dice que nos dirijamos á Dios con igual confianza que la con que nos dirigiéramos al padre más cariñoso y bueno. Él es, en efecto, quien nos enseñó esta bellísima oración: *Padre nuestro, que estás en los cielos*... Pero, aún en otra circunstancia, para hacernos comprender mejor la confianza con que

debíamos recurrir á Dios, decía: « Pedid, y recibireis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá... ¿Qué padre habrá entre vosotros que le dé un guijarro á su hijo cuando éste le pida pan? que le ofrezca una serpiente en lugar de un pescado ó un escorpión en vez de un huevo?... » Y añadía el Señor... « Si pues vosotros, á quienes falta mucho para ser perfectos, atendeis las súplicas de vuestros hijos y les otorgais las cosas que les convienen; con mayor razón el Padre que tenéis en el cielo, que es la misma bondad, os concederá las gracias que necesitais si se las pedís como es debido (1)... » He dicho: las gracias que necesitamos; porque, hermanos míos, si vuestro hijo os pidiese una cosa inútil, peligrosa ó que pudiese comprometer su salud, tendríais la inteligencia suficiente para negársela. Así Dios, este Padre que tenemos en el cielo, no nos concede á veces ciertos dones que nos serían más funestos que útiles. Pidamos ante todo la gracia de obtener nuestra salvación, de ir un día al Paraíso y lo demás, — Jesucristo es quien nos lo afirma, — lo demás se nos dará por añadidura... Dirijámonos pues á Dios con confianza porque, lo repito, él es para nosotros el mejor de los amigos, el más tierno de los padres...

Segunda parte. — Otra de las condiciones de la oración es que se haga con devoción, es decir con atención, con respeto, con el respeto profundo de la majestad soberana del Dios á quien nos dirigimos y al propio tiempo con la íntima convicción de nuestra miseria. Y si bajo este punto de vista, hermanos míos, quisiésemos examinar la manera como habitualmente rezamos, estoy seguro de que todos nosotros tendríamos más de un reproche que dirigirnos...

Un santo ilustre, de quien más de una vez os he hablado, san Luís de Gonzaga, sufría un interrogatorio de sus superiores; había de contestar con humildad, — pero la humildad no es la mentira, es la verdad dicha con modestia. — « Hermano, le decía su confesor, ¿estais distraído á veces en vuestras oraciones? — Nó, padre, contestaba el angélico jóven; cuando hablo con Dios, creo que él atrae mi corazón hácia sí. — ¿Y esto os sucede siempre? proseguía el interrogador. — ¿Siempre? oh nó, contestaba el humilde penitente, porque á veces he

(1) San Lucas, cap. XI y siguientes.

tenido en mi vida algunas distracciones; pero creo que reunidas apenas podrían representar el tiempo que dura el rezo de un *Ave Maria*... » Ved ahí, carísimos hermanos míos, como oraban los santos... ¿Qué devoción!! ¿Qué atención!... Ni dos minutos de distracción... ¡en quince años!

Un pensamiento me acude, hermanos míos muy amados, y es el de invertir en cierto modo, aplicándola á nosotros, la pregunta hecha á san Luís de Gonzaga. En quince años, ¿hemos orado nosotros con devoción tan sólo el espacio de tiempo que podría durar el rezo de un *Ave Maria*?... Tiemblo por mí... tiemblo por vosotros... y vacilo en responder... Ved pues, carísimos hermanos, con cuánta frecuencia oramos mal... Vosotros, los que habeis conservado las costumbres cristianas, os arrodillais por la mañana y por la noche para recitar esas fórmulas de oración que unas madres piadosas os enseñaron: ¿estais bien seguros de haber estado con verdadera atención tan sólo durante el espacio de tiempo de un *Ave Maria*?... Vamos á ver, hermanos míos, una aplicación fácil. En este momento nos hallamos en la iglesia; ¿qué hemos pedido durante la aspersion del agua bendita?... Se han recitado la Epistola y el Evangelio y nosotros hemos debido leer en nuestros libros algunas oraciones preparatorias para el santo Sacrificio. — Digo preparatorias, porque el augusto Sacrificio de la Misa no empieza hasta que llegamos al Ofertorio. — Pero en fin, decidme si hasta ese momento, al recitar las fórmulas contenidas en vuestros libros, habeis meditado, reflexionado y pedido á Dios tal ó cual gracia que necesitais... A todos os miro, carísimos hermanos... Hasta os permitiría, si la dignidad de este santo lugar lo consintiera, que me contestaseis en alta voz... Pues bien, la verdad, puesto que nada hemos pedido, puesto que nuestro pensamiento no se ha fijado en ninguna de nuestras necesidades, es que no hemos orado con devoción...

Y sin embargo, mis buenos amigos, ¿cuántas gracias tenemos por pedir!... ¿Cuán grandes, inmensas y dilatadas son las necesidades de nuestras pobres almas!... ¡Oh Jesús, dulce Redentor nuestro, cuando dentro de algunos minutos estareis sobre este altar, suplíd con vuestro fervor esta devoción que les falta á nuestras oraciones!... ¡Augusto Mediador, sed nuestro intercesor cerca de vuestro Padre!..

Hermanos míos, no sabemos bastante qué es eso de orar con devoción; y sin embargo es una condición importante : más de una vez volveremos á tratar de ella en las instrucciones siguientes... Paso á la tercera condición que deben tener nuestras oraciones.

Tercera parte. — ¿Cuál es pues esta condición?... La perseverancia... Aquí, hermanos míos muy amados, inclináos respetuosamente : voy á citaros de nuevo el Evangelio, y son también las adorables palabras de nuestro adorable Salvador las que os voy á transmitir... » Amigos, deciales á sus Apóstoles para recomendarles la perseverancia en la oración, si alguno de vosotros, teniendo un amigo, fuese á encontrarle durante la noche y le dijese : Amigo mío, préstame tres panes ; acaba de llegarme un viajero á quien quiero mucho, y no tengo nada para darle. Suponed que el hombre á quien en estos términos se suplica os contesta, medio dormido, desde el interior de su casa : No me importunes, tengo cerrada la puerta ; mis hijos están acostados ya y no les quiero despertar ; por consiguiente no me levantaré para darte lo que me pides... » Aquí, hermanos míos muy amados, fijad bien vuestra atención ; Jesucristo es quien sigue hablando y quien nos quiere enseñar que nuestras oraciones han de ser perseverantes, es decir hechas con insistencia... En efecto, añade : « Si el amigo insiste en llamar á la puerta, en verdad os digo que aquel hombre se levantará y dará lo que se le pide para evitar nuevas importunidades ; el resultado de sus ruegos se deberá menos á la amistad que á la perseverancia (1). »

¡Cuán admirable lección, hermanos míos muy amados, y cuán consoladora es!... Teneis precisión de una gracia necesaria para vuestra salvación ó para la de aquellos que os son queridos ; orad, volved á orar y no os desanimeis jamás ; tenedlo por seguro, la palabra de Aquel que ha dicho : « Pedid, y recibireis, » es una palabra infalible. El cielo y la tierra pasarán, pero esas palabras : » Pedid, y recibireis ; llamad y se os abrirá » ; oh Jesús de nuestras almas !.. nó, estas no pasarán... Todos los santos han experimentado la eficacia de la oración hecha con perseverancia... Un mártir temblaba con mucha anticipación ; temía ser demasiado débil ante los verdugos ; pedía á Dios el valor y la energía necesarios, y, llegado el momento, Dios daba á san A-

(1) San Lucas, cap. XI vers 5 y siguientes

drian y á muchos otros mártires la fuerza que le era necesaria... San Adrian se sentía con valor suficiente para sufrir los tormentos más atroces ; y la misma santa Natalia, su mujer, sostenía los miembros de su amado esposo mientras los verdugos se los machacaban sobre un yunque de hierro... ¡ Ved ahí las gracias que obtiene la oración hecha con perseverancia... ¿ Qué diré pues de tí, modelo de esposas y de madres, admirable santa Mónica, citada con tanta frecuencia en nuestros católicos púlpitos?... Merced á tus perseverantes oraciones, tu esposo Patricio muere como un predestinado ; pero léjos de tí, un pobre hijo pródigo, llamado Agustín, anda extraviado por los senderos del mal. Tú rezas y lloras... Un santo obispo te dice : « Madre, ora, ora sin cesar ; es imposible que Dios abandone á un hijo objeto de tantas oraciones y de tantas lágrimas... » La pobre viuda, abandonando el Africa, iba á reunirse á su querido hijo en Italia ; siguiendo el consejo del Obispo, oraba con perseverancia, y al cabo de algunos meses tenía el consuelo de ver á su Agustín bautizado por san Ambrosio, y llegando á ser, no solamente el mejor de los hijos, sino además el más fervoroso cristiano... ¡ Ah ! yo hubiera querido que aquella amable madre, leyendo en el porvenir, hubiese podido contemplar á su Agustín ocupando la sede de Hipona, transformado en modelo de obispos, en oráculo de la cristiandad, en el más ilustre doctor de la Iglesia... Habría visto que Dios la había atendido más aún de lo que ella deseaba... Ved ahí, cristianos, la oración, la oración hecha con confianza, hecha con devoción, hecha con perseverancia...

PERORACION. — Carísimos hermanos, os he repetido ya más de una vez que Dios nos honra cuando nos permitía que le orásemos... No he expresado enteramente bien mi pensamiento. Dios es tan bueno, tan misericordioso, tan deseoso está de la salvación de nuestras almas que, leyendo el Evangelio, casi se diría que tiene miedo de que no le oremos, tanta es la frecuencia con que nos recomienda la oración, y esto en los términos más afectuosos y más enérgicos... Escuchad aún á nuestro divino Salvador : « Hasta ahora, amigos míos, dice á sus discípulos, nada habeis pedido ; pedid pues y recibireis... » Amados hermanos míos, ¿ no se nos podría dirigir á cada uno de nosotros un reproche igual?... Tal vez algunos de nosotros han conservado la buena costumbre de la oración

pero, lo repito, hasta ahora, ¿ qué hemos pedido y cómo lo hemos pedido?... Me detengo un momento... Examinemos nuestra conciencia..... ¿ Hemos orado con confianza, es decir con una fé viva, bien persuadidos de que Dios nos escuchaba?... ¿ Hemos orado con devoción, estando respetuosamente recojidos ante el soberano Señor á quien nos dirigíamos?... ¿ Hemos orado con perseverancia, estando bien penetrados de la necesidad de las gracias que pedíamos?..... Creo, hermanos míos muy amados, que nos veríamos en un apuro para contestar que sí á estas tres preguntas... Humillémosnos pues ante Dios y formemos la resolución de dar de hoy en adelante á nuestras oraciones las tres condiciones necesarias : la confianza, la devoción y la perseverancia .. Así sea.

INSTRUCCION CUARTA.

MOTIVO POR QUE DIOS NO SIEMPRE ATIENDE NUESTRAS ORACIONES ; CON FRECUENCIA NUESTRAS ORACIONES TAMPOCÓ TIENEN OBJETO ALGUNO.

TEXTO. — *Petite et accipietis, etc....* Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá.

(SAN LUCAS, CAP. XI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Queridos hermanos, en mi última instrucción os hablabá de las condiciones principales que nuestras oraciones han de tener ; os dije ya que han de ser hechas con confianza, con devoción y con perseverancia... No tuve tiempo de referiros una conmovedora historia del Evangelio que nos muestra la eficacia de la oración hecha en estas condiciones... Hoy empiezo reparando este olvido.

Nuestro adorable Salvador se encontraba en los alrededores de la ciudad de Tiro, situada bastante lejos de Jerusalén. Parece que hasta los paganos conocían este poder divino con que curaba á los enfermos y mandaba á los demonios. En efecto, una mujer cananea le fué á encontrar

Pobre madre, estaba vivamente afligida, y, vertiendo lágrimas, decíale á Jesús : « Señor, hijo de David, apiádate de mí ; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio. » Y nuestro Redentor parecía volver la cara á otro lado y no oirla. Sorprendidos estaban los Apóstoles, sabiendo cuán bueno y compasivo era : — « Maestro, le decían, concédele lo que pide, porque nos persigue con sus gritos. » Queriendo instruir á sus Apóstoles y mostrarnos á todos la necesidad de la perseverancia en la oración, el divino médico contestó : « Unicamente he sido enviado para curar á las ovejas extraviadas de la casa de Israel. » Pero ¿ qué no puede la insistencia de una madre que ruega por su hijo?... Acércate, pobre cananea, arrodíllate junto al Salvador : en sus miradas veo que va á atender tu petición... Y aquella mujer, adorando á Jesús, le decía : « ¡ Señor, asísteme ! — Hija mía, le contesta Jesús, ¿ es permitido quitar el pan á los hijos para dárselo á los perros ? — Maestro, contesta aquella afligida mujer, esto no es permitido ; pero no obstante los perritos recojen las migajas que caen de la mesa de su amo. ¡ Permítaseme pues á mí, pobre pagana, recoger algunas partículas de esas gracias que con tanta abundancia derramas sobre los judíos ! » Admirando la devoción, la confianza y la perseverancia de aquella pobre madre : « Mujer, la dijo, ¡ cuán grande es tu fé ! Recibe pues la gracia que pides. » Y su hija quedó inmediatamente curada.

PROPOSICIÓN. — Sin embargo, hermanos míos muy amados, Dios, por razones misteriosas, no siempre atiende nuestras oraciones. Me propongo daros algunas aclaraciones sobre este punto, esto es que por no ser hechas con atención, nuestras oraciones son con frecuencia inútiles.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, porqué no siempre nos concede Dios lo que le pedimos ; *en segundo lugar*, que nuestras oraciones carecen con frecuencia de objeto.

Primera parte. — Dios, hermanos míos muy amados, cuya bondad sin embargo es infinita, á causa de esta misma bondad y de los designios que tiene sobre nuestra salvación, no siempre nos concede lo que le pedimos, ya porque pedimos lo que nos sería inútil, ya porque quiere concedernos gracias más preciosas.

¡ Aun cuando Dios no nos atienda, no duedemos jamás de su ternu-